

Introducción a las investigaciones de Julio C. Tello en la península de Paracas^(*)

Richard E. Dagget

A inicios del siglo XX, los investigadores habían excavado en todo el Perú a excepción de la costa sur (Mejía 1950; Rowe 1959). Ello cambió en enero de 1901 cuando el arqueólogo alemán Max Uhle dirigió excavaciones en la hacienda Ocucaje, en el valle de Ica, inspirado por cuatro piezas de cerámica pintada custodiadas por décadas en el Museo de Berlín für Völkerkunde. Dicha cerámica era raramente observada fuera del Perú y un reporte de su origen era el valle de Ica. Durante sus excavaciones en Ocucaje, Uhle verificó que este tipo de cerámica (Nasca) en realidad se encontraba en Ica. Aunque había planeado su próximo trabajo en el Sur, muy cerca del valle de Nazca, no pudo hacerlo ese año (Uhle 1914: 3-8). Su trabajo en Ocucaje le permitió establecer la existencia de una cultura pre-Tiahuanaco (Nasca) en la costa sur (Uhle 1903: 784).

Una de las infortunadas consecuencias del descubrimiento de la cerámica Nasca en Ica por Uhle fue el incremento de excavaciones clandestinas con fines lucrativos en toda la costa sur (Uhle 1917: 392). Cuando Uhle regresó a trabajar al valle de Nazca en 1905, estuvo acompañado por el huaquero Felipe Morales, quien era uno de los primeros que había instruido en 1901 para excavar en Ica (Tello y Mejía 1967a: 156). Uhle fue director de la Sección de Arqueología y Tribus Salvajes del Museo de Historia Nacional en Lima entre los años 1906 y 1911 (Rowe 1954: 12-13). Aunque aparentemente Uhle no trabajó en el valle de Nazca durante el ejercicio de dicho cargo (ibid.), este museo fue enriquecido por grandes embarques de objetos Nasca adquiridos por Morales en los años de 1905, 1907 y 1909 (Tello 1959: 37-38). Asimismo, Morales y sus socios, protegidos por conocidos mercaderes, abastecían con objetos valiosos a coleccionistas en Lima y diversos museos en Alemania y Estados Unidos (Tello y Mejía 1967a: 156). Dichos museos celebraron la adquisición de la altamente valorada cerámica Nasca (e.g. Mead 1914, Putnam 1914).

El 19 de agosto de 1911, el presidente Augusto B. Leguía aprobó un decreto para intensificar la protección del legado arqueológico de la Nación (Tello y Mejía 1967a: 76-77). Pero mientras este decreto tenía algún efecto en casi todo el país, la actividad de huaqueo persistía fuertemente en la costa sur (Hrdlicka 1914: 41) e incluso la lista de conocidos huaqueros, coleccionistas y comerciantes se había incrementado para ese momento (Tello y Mejía 1967a: 156). En enero de 1913, Julio C. Tello regresó a Lima luego de tres años de estudio antropológico en los Estados Unidos y Europa (Mejía 1948:10). El 30 de marzo de 1913, Tello solicitó al gobierno crear una sección antropológica dentro del Museo de Historia Nacional y ser nombrado jefe de la misma. Su petición fue concedida el 12 de junio (Tello y Mejía 1967a: 82-85). Luego de casi dos años en el cargo renunció el 20 de marzo de 1915 (ibid: 98-100). Lamentablemente, desde 1911, el apoyo del gobierno para el Museo Nacional había disminuido considerablemente (Uhle 1917: 395).

Un mes después, Tello organizó una expedición hacia la sierra sur (Palma 1949: 290-291) la cual incluía una visita a las ruinas de Tiahuanaco, en el norte de Bolivia (Tello 1959: 44). Luego exploró la costa sur peruana, donde en un primer momento dirigió excavaciones y examinó colecciones desde Atico hasta Lomas (Tello 1918: 504). En el puerto de Lomas estudió una importante colección perteneciente a Enrique Fracchia (Mejía 1964: 90). Constituida de objetos procedentes de los valles de Acarí y Nazca, Tello pudo identificar cuatro estilos principales en la colección: Nasca I, Nasca II, Chincha e Ica (Tello 1959: 45). Entonces inició su trabajo en el valle de Nazca, en la hacienda Mojoro (Tello 1918: 504) de propiedad de Fracchia (Hrdlicka 1914: 40). A menudo Tello estaba acompañado por coleccionistas y huaqueros mientras trabajaba en varios sitios a lo largo del valle (Tello 1959: 46). Extendió su investigación a los valles de Ica y Pisco en donde examinó colecciones en las ciudades de Ica y Pisco, respectivamente (Mejía 1964: 91-92). Tello presentó sus hallazgos en un artículo que leyó para el Segundo Congreso Científico Panamericano realizado en Washington D.C., el 3 de enero de 1916. En este artículo (1917: 283-291) presentó detalles de su trabajo en Nazca que le permitió identificar distintos entierros pre-Nasca, Nasca, Tiahuanaco e Inca. Fue elogiado por continuar una labor que habría desanimado a la mayoría de investigadores (ibid: 291). Debe indicarse que Tello fue el primero en reportar sobre la existencia de una cultura Nasca en el valle de Nazca.

Tello estuvo animado en dirigir investigaciones en la costa sur, en general, y en el valle de Nazca en particular, quizás por las colecciones que él disponía en el Museo Nacional de Historia. También se inspiró a conducir la investigación por las fotografías publicadas por Uhle (Mejía

1950). Uhle había publicado recientemente un informe sobre su trabajo en el valle de Ica en donde incluía dos interesantes fotografías de textiles (Uhle 1914, figuras 1 y 3). Tello, quien había visto dichos textiles en tiendas de antigüedades en Lima, excavó en el valle de Nazca con la esperanza de encontrar más ejemplares. No los encontró, pero terminó comprando una colección de ellos. Una de las colecciones que había visto en Pisco consistía en textiles pertenecientes a Enrique Mestanza. Esta colección le fue ofrecida en venta, pero Tello estuvo inicialmente forzado a declinar por falta de fondos (Mejía 1964:92). Posteriormente, regresó para comprar ciento sesenta y ocho textiles con fondos adicionales proporcionados por dos colegas en Lima. Algunos de los textiles pertenecientes a sus co-compradores los exhibió en el XIX Congreso Internacional de Americanistas realizado en Washington D.C. a fines de diciembre de 1915. Estos textiles fueron comprados posteriormente por el Boston Museum of Fine Arts (Museo de Bellas Artes de Boston) (Daggett 1991: 36,38).

Durante los primeros cinco meses de 1919, Tello dirigió investigaciones en la costa norcentral y en la sierra norcentral. En octubre del mismo año se creó el Museo de Arqueología de la Universidad de San Marcos. Tello donó a este nuevo museo objetos que había coleccionado durante su expedición en 1915 (Mejía 1948:13), incluyendo su parte de los textiles comprados a Mestanza (Tello 1959: 43). Tello estaba concentrado en preparar una exhibición cuando un amigo le solicitó ayudar al filántropo Víctor Larco Herrera a establecer un museo arqueológico en Lima. Tello aceptó y el Museo Arqueológico Víctor Larco Herrera fue inaugurado el 3 de noviembre de 1919 (Mejía 1948: 20-21). Por cuenta de este museo, Tello realizó un viaje al departamento de Ica en el verano de 1921, lapso en el que vio colecciones en Pisco, Ica y Nazca. Desafortunadamente, el gusto de Larco por comprar colecciones para su nuevo museo sirvió para acrecentar la actividad de huaqueo (Tello 1931: 86). Tello renunció como director del Museo Larco el 10 de mayo de 1921 (Tello y Mejía 1967a: 121).

En 1923, el Museo Larco compró la colección de Domingo Cánepa, conformada de ciento quince textiles (Tello y Mejía 1979: 83-84), la cual Tello ya había visto en Pisco en 1921 (Tello 1931: 86). El 6 de diciembre de 1924, el gobierno peruano compró el Museo Larco y lo abrió nuevamente el 13 de diciembre bajo el nombre de Museo de Arqueología Peruana, con Tello como su director (Tello y Mejía 1967a: 128-129). Este nuevo museo incluía nueve mil objetos adquiridos por Larco en el departamento de Ica (Tello 1959: 47). Cánepa ofreció vender otra colección de textiles a este nuevo museo pero la venta no se realizó. Sin embargo, Tello tuvo la oportunidad de hacer un estudio de uno de los textiles que según él, al pare-

cer, representaba una cultura pre-Nasca del valle de Pisco (Levillier 1928: 3). Luego, concluiría que el origen de los textiles estaba en algún otro lugar y no en los valles de Ica o Nazca (Daggett 191: 39).

En 1923, Tello fue nombrado profesor de Antropología General en la Escuela de Ciencias de la Universidad de San Marcos (Santisteban 1956: 20) y, al año siguiente, ofreció su primer seminario en Arqueología (Mejía 1950). Tello y su equipo del Museo de Arqueología de la Universidad exploraron la costa sur de Lima. Una inspección de la superficie sugería una ocupación Nasca en el sitio de Huaca Malena, en el valle de Asia u Omas. Con el propósito de un mejor entendimiento de la naturaleza y magnitud de la ocupación Nasca en este valle, Tello decidió excavar en este sitio (Tello 1926: 592-594).

El trabajo empezó el 5 de abril de 1925 y se realizó durante un período de tres meses. Trescientos doce fardos funerarios fueron extraídos y enviados al museo de la universidad (Shady y Novoa 2000: 7). Al mismo tiempo, Tello y un equipo del Museo Nacional dirigían una investigación arqueológica junto con el norteamericano Alfred L. Kroeber, quien había publicado recientemente detalles sobre el trabajo de Uhle en el valle de Ica en 1901 (Kroeber y Strog 1924). Kroeber había venido al Perú en nombre del Chicago Field Museum para dirigir excavaciones, junto con el Museo Nacional, en el valle de Cañete durante los meses de abril y mayo (Rowe 1962: 403; Mejía 1948: 13-14).

Así, mientras Tello estaba ocupado en el valle de Asia, Kroeber realizaba un viaje de reconocimiento al valle de Nazca y a la península de Paracas. En la península encontró un lugar que parecía ser el origen de los textiles que Tello tanto había buscado. Kroeber decidió mantener el descubrimiento para sí mismo y excavar en la península cuando regresara el año siguiente. Sin embargo, parece que Kroeber no era el primer arqueólogo que había visto este sitio en la península de Paracas. Está reportado que otro americano lo había visto en 1922 (Rowe 1962: 403).

William Curtis Farabee había asistido a la Celebración Centenaria Peruana en Lima en nombre del gobierno de los Estados Unidos en 1921. Fue director del Museo de Arqueología de la Universidad de Pennsylvania en Philadelphia, un museo que carecía de ejemplares de cerámica Nasca. Durante su visita a los museos de arqueología de Lima, Farabee vio grandes colecciones de esta cerámica. Regresó al Perú en 1922 en una expedición por cuenta de su museo. Su principal objetivo era obtener ejemplares de cerámica Nasca (Mason 1926: 130). Durante los meses de abril y mayo de ese año trabajó en los valles de Ica y Nazca. Aparentemente cae enfermo el 26 de mayo mientras trabajaba en Nazca (ibid: 141). Luego de un período de recuperación en el valle del Rímac (ibid: 143), Farabee regresó al campo y, entre otros lugares, trabajó en el

valle de Pisco y en la península de Paracas (ibid: 157). Regresó a Philadelphia en abril de 1923, pero nunca se recuperaría de su enfermedad y murió en junio de 1925 (ibid: 128). Debido a su enfermedad no pudo publicar sobre su investigación en la costa sur peruana (Rowe 1962: 403).

Este infortunado giro de eventos proporcionó a un segundo americano, Kroeber, la oportunidad de un primer informe sobre el sitio Paracas. Por un curioso giro del destino, a Kroeber también le sería negado el honor de publicar sobre el descubrimiento del sitio Paracas debido a la llegada de un tercer arqueólogo americano.

Samuel K. Lothrop, del Museum of the American Indian en la ciudad de Nueva York, arribó al Perú en julio de 1925 (Tello y Williams 1930: 515). Él había completado una investigación en Argentina y se estableció en Lima con tiempo y dinero disponible. Buscó a Tello, e incluyendo a la Sra. Lothrop, se dirigieron al Sur en una improvisada expedición a la zona de Pisco. Tello estaba convencido de que en este lugar encontrarían el origen de los textiles de la costa sur. Salieron de Lima el 23 de julio y visitaron las ruinas de Huaca Malena, en el valle de Asia, antes de llegar al valle de Cañete. Continuaron explorando ruinas a lo largo del camino antes de llegar, finalmente, al puerto de Pisco en la madrugada del 26 de julio. Tello averiguó sobre los huaqueros locales y se enteró de uno llamado Juan Quintana, quien había trabajado como guardián en una compañía de guano situada cerca de la entrada a la península de Paracas. Se dirigieron hacia el lugar y, con suerte, encontraron a Quintana. Tello le preguntó de dónde provenían los textiles y Quintana trató de engañarlo diciéndole que provenían de cementerios cercanos a La Puntilla. Pero Tello sabía que esos cementerios contenían entierros de la cultura Chincha que datan de tiempos Inca. Tello insistió y Quintana finalmente cedió y los guió a los sitios de Arena Blanca y luego, kilómetro y medio hacia el Este, a la colina dispuesta en terrazas de Cerro Colorado (Mejía 1950).

Tello y Lothrop realizaron una inspección inicial de la superficie de 54 hectáreas que comprendían la playa de Arena Blanca y los 14,000 m² de las tres terrazas sobre Cerro Colorado (Tello y Mejía 1979: 101, 126, 128, 249). Estos dos lugares están referidos en la literatura como Paracas. En Arena Blanca colectaron cráneos alargados y deformados en una necrópolis llamada Cabeza Larga (Tello 1928: 682). Posteriormente, regresaron a Lima con docenas de estos cráneos (Mejía 1950; Tello y Mejía 1967a: 139-141).

Tello supo que Quintana había sido el primero en descubrir las ruinas de Paracas. Esto habría tenido lugar un día alrededor de 1910 (Tello y Mejía 1979: 66), o quizás a inicios de 1905. En todo caso, Quintana

había estado de paso por el sitio de Arena Blanca cuando literalmente tropezó con una tumba. El cuerpo en el interior había sido envuelto con textiles, los cuales llevó al puerto de Pisco. Allí se los mostró al comerciante Domingo Cánepa, quien se los compró. Luego, Quintana excavó en la necrópolis de Cabeza Larga, lentamente al principio, y luego rápidamente, a medida que el mercado se incrementaba. Era cuidadoso en cuanto a quién traía con él a excavar y a quién le vendía. Coleccionistas de la costa sur y de Lima competían por los valiosos textiles, mientras investigadores como Tello, Farabee y Kroeber buscaban su lugar de origen (Mejía 1950). Tello, gracias a una combinación de persistencia, sólido análisis y buena suerte, fue el único que finalmente tuvo éxito en esta búsqueda.

El 18 de agosto de 1925, Tello empezó el viaje de retorno a Paracas en un auto prestado por Roberto Levillier, embajador de Argentina en Perú. Tello traía consigo al equipo del Museo de Arqueología Peruana. Llegaron a Paracas al día siguiente y pronto experimentaron los intensos vientos por los cuales la península llevaba el nombre. Esto los forzó a practicar un patrón de excavación vespertina, entre las horas de siete y medianoche (Mejía 1950). Tuvieron éxito en descubrir el primero de una serie de fardos funerarios en Arena Blanca (Tello y Mejía 1979: 267). El 22 de agosto, Levillier llegó con su esposa y, luego de un recorrido por las ruinas, regresaron a Lima junto con Tello (Mejía 1950). Posteriormente, uno de los fardos funerarios recientemente encontrados fue enviado al Museo de Historia Natural de Buenos Aires por cuenta de Levillier (Tello y Mejía 1979: 267). Entre los meses de setiembre y octubre de 1925, en ausencia de Tello, se continuaron las excavaciones en Arena Blanca y treinta fardos funerarios más fueron desenterrados (Mejía 1950; Tello y Mejía 1979: 267). El 25 de setiembre, Tello notificó oficialmente al Ministerio de Educación del descubrimiento de Paracas (Mejía 1950).

El 24 de agosto de 1925, el equipo había descubierto en Cerro Colorado un compartimiento profundo que contenía múltiples restos humanos. Caverna I, como se le denominó, fue hallada sobre la segunda terraza de Cerro Colorado (Tello y Mejía 1979: 128). Posteriormente, el 3 de octubre se encontró Caverna II sobre la segunda terraza (*ibid*: 134), seguida por el descubrimiento de Caverna III, el 9 de octubre, en la misma terraza (*ibid* 146). Tello regresó el 15 de noviembre y al siguiente día fue descubierta Caverna IV en la segunda terraza (*ibid*: 152). Luego, el 22 de noviembre se halló Caverna V también en la segunda terraza (*ibid*: 163, 185), y cuyo contenido fue extraído a través de la Caverna IV durante el período comprendido entre el 23 y el 28 de noviembre (*ibid*: 185).

El 25 de diciembre de 1925, Tello invitó a los miembros de la facultad y estudiantes graduados de la Escuela de Ciencias de la Universidad de

San Marcos, a dirigir estudios en geología, botánica, zoología y arqueología en Paracas. En respuesta, cinco miembros de la facultad y siete estudiantes de doctorado pasaron quince días en Paracas (Mejía 1950). Este grupo incluía a un americano, quien aceptó la solicitud de Tello para servir de fotógrafo. Fue este individuo quien filtró noticias del descubrimiento de Paracas a la prensa nacional y extranjera.

Durante febrero de 1926, Tello envió un informe de los descubrimientos del Museo de Arqueología Peruana al XXII Congreso Internacional de Americanistas que se iba a realizar en Roma durante la semana del 23 al 26 de setiembre de ese año (Daggett 1991: 44-45). En este informe indicaba que los distintos restos pre-Nasca habían sido encontrados en Cerro Colorado y en Paracas o Arena Blanca (Tello 1928).

Durante marzo de 1926, cuatro fardos funerarios más fueron hallados en Arena Blanca por el equipo del Museo de Arqueología Peruana, pero la carencia de fondos impidió hacer mayores trabajos (Mejía 1950). Esto se resolvió cuando la comisión nacional organizada para preparar una exhibición en la próxima Exposición Hispano-Americana en Sevilla, aceptó ayudar auspiciando una expedición general en la costa sur peruana. El 27 de enero de 1927, Tello envió un pequeño equipo del Museo de Arqueología Peruana (Mejía 1948: 14). Este equipo primero centró su atención en el valle de Nazca, donde buscó evidencias de las culturas que habían encontrado en Paracas (Tello y Mejía 1979: 298). Llegaron al valle el 4 de febrero e iniciaron excavaciones el 9 de febrero. Tello estuvo con ellos durante el mes de marzo y regresó nuevamente a fines de julio. Durante el primer tercio de agosto, Tello dirigió excavaciones en el sitio de Pacheco (Shady y Novoa 2002: 9), donde encontró distintiva cerámica Tiahuanacoide (Kroeber 1944: 28). En su ausencia, el equipo se trasladó hacia el norte, por la cuenca de Nazca, concluyendo a fines de setiembre. Descubrieron cientos de tumbas (Shady y Novoa 2002: 9) pero no encontraron evidencias de la cultura Paracas. Levantaron el campamento de Nazca el 24 de setiembre (Mejía 1950) y llegaron a Paracas al siguiente día (Tello y Mejía 1979: 188).

El 10 de octubre de 1927, el equipo de Tello descubrió Caverna VI en la segunda terraza de Cerro Colorado. Luego, el 15 de octubre se descubrió Caverna VII sobre la misma terraza (Tello y Mejía 1979: 188-189; 198-199). Más de treinta tumbas individuales también fueron excavadas durante el período del 27 de setiembre al 18 de octubre (ibid: 206). Tello dio explícitas instrucciones al equipo para realizar una investigación sistemática de las terrazas de Cerro Colorado (Mejía 1950). Esto los llevó a descubrir un fardo funerario el 25 de octubre y más tarde la gran necrópolis de Wari Kayan (Mejía 1950; Tello y Mejía 1979: 298, 300-301). Aquí se encontraron cuatrocientos veintinueve fardos funerarios de diversas

dimensiones, acompañados de objetos similares a los hallados en Arena Blanca (Tello y Mejía 1979: 261).

Tello salió de Lima hacia Paracas el 26 de noviembre de 1927 a la cabeza de un equipo de once hombres del Museo Nacional (Tello y Mejía 1979: 317). Dos áreas distintas de fardos funerarios, A y B, habían sido descubiertas en Wari Kayan. El proceso de extracción en el cementerio A empezó el 29 de noviembre (ibid). Luego, entre el 11 y el 23 de diciembre, se extrajeron los fardos del cementerio B (ibid: 322).

El 23 de diciembre de 1927, el Museo de Arqueología Peruana inauguró una exhibición especial de Paracas en honor al Congreso Latinoamericano de Medicina realizado entonces en Lima (Tello 1959:10). Tello envió de regreso a Paracas un pequeño equipo, el 6 de enero de 1928, para buscar fardos en el área ubicada entre los cementerios A y B. El 4 de abril, Tello viajó a Paracas (Tello y Mejía 1979: 329), donde durante el período del 6 al 13 de abril inspeccionó el levantamiento de los fardos encontrados (ibid: 334). Debe indicarse que once fardos fueron hallados también en Arena Blanca durante enero de 1928, y se encontraron cuatro más en abril (Daggett 1991: 47). Finalmente, del 26 de mayo al 30 de junio de 1928, se hallaron treinta y siete entierros más en Cerro Colorado. Éste sería el último trabajo realizado por el personal del museo en Paracas hasta 1930 (Tello y Mejía 1979: 244).

El 26 de junio de 1928, Tello informó oficialmente al Ministerio de Educación de los resultados del trabajo realizado por el Museo de Arqueología Peruana en el valle de Nazca y en la península de Paracas (Tello y Mejía 1967a: 147-152). También preparó un segundo informe para el Ministerio de Relaciones Exteriores con fecha 23 de julio de 1928 (ibid: 160-162). Asistió al XXIII Congreso Internacional de Americanistas que se realizó en la ciudad de Nueva York del 17 al 22 de setiembre. Allí exhibió objetos descubiertos en Paracas. Regresó a Lima para mostrar un textil Paracas a Herbert Hoover, presidente electo de los Estados Unidos, durante la primera semana de diciembre (Daggett 1991: 47).

En enero de 1929, Tello y el personal del Museo de Arqueología Peruana reunieron una colección para ser exhibida en Sevilla que incluía seis fardos funerarios descubiertos en Wari Kayan (Tello y Mejía 1967a: 162-163). Ya en julio se había embarcado a España una colección de casi mil cuatrocientos objetos (Mejía 1948: 23). Estos objetos representaban culturas prehistóricas de todo el Perú (Tello y Mejía 196a7: 159).

Tello y el personal del museo también preparaban una gran exhibición en Lima para resaltar los descubrimientos hechos en Wari Kayan. Esto incluía desenfardelar algunos restos que habían sido hallados en este cementerio. Un grupo de diecisiete fardos funerarios, en varias fases de desenfardelaje, fue destacado para la nueva exposición, que fue inau-

gurada el 16 de octubre de 1929. Tello habló ante una audiencia de dignatarios que incluía al presidente de la República, Augusto B. Leguía. Durante su discurso, Tello abogó por incrementar los fondos para el cuidado apropiado de la colección Paracas. Posteriormente se emitió un decreto para satisfacer las necesidades del museo (Daggett 1994: 56-57).

La exposición incluía vistas panorámicas de la península de Paracas, Wari Kayan, así como la vista de un corte vertical de Caverna VI. Esta exposición fue inaugurada junto con el Segundo Congreso Sudamericano de Turismo. El 20 de octubre de 1929, Tello invitó a los delegados de este congreso al museo y, para su agrado, abrió uno de los fardos de Wari Kayan (Daggett 1991: 47-48). Con la ayuda de este congreso, Tello publicó un volumen en el que, por primera vez, proporcionaba detalles acerca de los descubrimientos de Cavernas y Wari Kayan realizados en Cerro Colorado (Tello 1929: 117-149). El año siguiente publicó más detalles acerca del descubrimiento de Caverna V (Tello y Williams 1930: 516-520).

Tello hizo un corto viaje a Paracas en noviembre de 1929 (ibid: 520). Luego, a principios de 1930, nuevamente envió al sitio un pequeño grupo del Museo de Arqueología Peruana. El 9 de febrero descubrieron Caverna VIII en la tercera terraza de Cerro Colorado (Tello y Mejía 1979: 244) y, más adelante, durante mayo y junio, las excavaciones realizadas trajeron a la luz evidencia de anterior actividad de huaqueo (ibid: 234-240). Por este entonces, Tello pudo reconstruir mucho de la actividad de huaqueo que tuvo lugar en este sitio y en otros de la costa sur. En un memo fechado el 29 de octubre de 1926 que envió al Ministerio de Educación, Tello documentó 25 años de vandalismo que llevaron a la destrucción de aproximadamente treinta mil tumbas. Propuso la creación de un "Patronato de Antigüedades Peruanas" dentro del ministerio cuyo propósito sería vigilar el legado arqueológico de la nación y advertir a las autoridades locales de la identidad de huaqueros conocidos (Tello y Mejía 1967a: 155-157). El 13 de junio de 1929, como resultado del debate en ambas cámaras de la legislatura nacional, se dio una ley que creaba el Patronato Nacional de Arqueología (ibid: 158). La primera reunión de este organismo se realizó en Lima el 5 de octubre de 1929 con Tello representando a la Universidad del Cuzco (Anónimo 1935).

Durante el período de 1925 a 1930, Tello y el equipo del Museo de Arqueología Peruana revelaron evidencias que demostraron, claramente, la existencia de dos culturas distintas en Paracas. En Arena Blanca descubrieron un asentamiento de grandes estructuras nucleares subterráneas. La población había enterrado ahí los restos momificados de sus muertos, solos o agrupados, dentro o alrededor de estas estructuras abandonadas. Además de la saqueada necrópolis Cabeza Larga, encontraron

otras doce distintas áreas de entierros donde los cuerpos estaban envueltos en textiles suntuosamente decorados y enterrados junto con cerámica relativamente simple. En Cerro Colorado también se encontró grandes estructuras nucleares subterráneas.

Los fardos funerarios que se encontraron solos o agrupados, dentro y alrededor de las estructuras abandonadas, comprendían una necrópolis que llamaron Wari Kayan. La misma cultura representada en Arena Blanca también lo estuvo en Cerro Colorado. Además, en Cerro Colorado, Tello y su equipo encontraron los restos de otra cultura representada por tumbas individuales y cavernas en forma de botella, de varias dimensiones, en donde estaban colocados los restos momificados de individuos de diferentes edades y de ambos sexos. Los cuerpos fueron enterrados con cerámica grabada y pintada, y envueltos en textiles de menor calidad. Algunos entierros de tumbas individuales de este tipo también se encontraron en Arena Blanca (Daggett 1991: 41). Se había aprendido mucho acerca de la historia del poblamiento de Paracas, pero, como siempre, se necesitaba hacer más. Sin embargo, se suscitaron eventos que hicieron esto imposible.

La exposición de Sevilla cayó víctima de la gran crisis económica y fue clausurada en julio de 1930. Al mes siguiente, el gobierno de Leguía fue destituido y Tello fue blanco de acusaciones difamatorias. Esto llevó a su destitución como director del Museo de Arqueología Peruana el 9 de octubre. Luego, se creó el Museo Nacional, el 19 de abril de 1931, con Luis E. Valcárcel como director general. Este museo integró lo que habían sido tres museos separados: el Museo de Historia Nacional, el Museo Bolivariano y el Museo de Arqueología Peruana. Sin embargo, el Museo Nacional estaba conformado sólo para propósitos administrativos. Debido a que ninguna construcción podía albergar todas sus partes, las locaciones existentes fueron usadas por las diferentes secciones de este nuevo museo. Así, las oficinas principales del Museo Nacional ocuparon el local del antiguo Museo de Arqueología Peruana. Posteriormente, se le dio a Tello un lugar en el Museo Nacional al nombrarlo como director del Instituto de Investigaciones Antropológicas. En su local, que había sido del Museo Bolivariano, se le permitió reunir todo el material Paracas, excepto el que se exhibía en el Museo Nacional. El traslado de la colección Paracas hacia el instituto empezó en setiembre de 1931 (Daggett 1991: 48-51), el cual también incluía el material Nasca (Tello 1959: 11).

Sin embargo, la locación del nuevo instituto era inadecuada para la colección Paracas-Nasca, por lo que gran parte de ésta fue almacenada en el piso de los salones y los corredores contiguos (ibid). Éste era un problema grave para Tello y su leal equipo. Un segundo gran problema era la renovada actividad de huaqueo en la costa sur, en general, y en

Paracas, en particular. El primer golpe de los huaqueros fue entre febrero y junio de 1931: objetos Paracas y Nasca fueron vendidos en la ciudad de Nueva York. Los huaqueros golpearon nuevamente en julio y el Museo Nacional respondió enviando un pequeño equipo a Paracas ese mismo mes. Ni Tello ni otro miembro de su personal en el instituto estaban incluidos en ese equipo.

Durante mayo de 1932, autoridades portuarias frustraron un intento de embarque de cuatro fardos funerarios fuera del país bajo inmunidad diplomática. Esto llevó a Tello a criticar al Museo Nacional por la negligencia en su deber de proteger Paracas. Lamentablemente, Paracas fue golpeada nuevamente por los huaqueros en mayo de 1933; y en noviembre llegaron a Lima noticias acerca de la venta inminente de objetos Paracas en Londres. La venta tuvo lugar por catálogo.

Finalmente, luego de que huaqueros nuevamente saquearan Paracas en diciembre, Tello fue enviado ese mes por el Patronato Nacional de Arqueología para investigar. Tello hizo un informe de sus averiguaciones durante una reunión del Patronato, el 9 de abril de 1934 (Daggett 1991: 51-55). En este informe Tello presentó un estudio detallado de la historia del huaqueo en Paracas, dio razones de por qué las leyes existentes eran inadecuadas para proteger el sitio, y señaló las acciones urgentes que debían ser tomadas (Tello y Mejía 1967a: 196-197).

Tello y su equipo del instituto abrieron dos de los fardos de Wari Kayan en enero de 1933, y un tercero en 1935. Sin embargo, el financiamiento insuficiente del gobierno trababa seriamente mayor actividad en el instituto. Una exigua asignación inicial en 1931 fue interrumpida en 1932 y este corte no fue rectificado hasta 1938. La escasez de fondos también había limitado el trabajo de campo del instituto. Afortunadamente, Tello aún tenía contacto con la Universidad de San Marcos. A fines de julio de 1931, representando al Museo de Arqueología de la universidad, Tello condujo una pequeña expedición a los departamentos de Junín, Huancavelica y Ayacucho (Mejía 1969: 118). Ésta era la continuación de un corto viaje que había realizado en 1926 a Tupe, en la provincia de Yauyos, donde observó cerámica similar a la pre-Chincha. Cerca de Huancayo, Tello y su equipo trabajaron en el sitio recientemente descubierto de Wari Willka y luego, el de Wari en Ayacucho. En ambos lugares encontraron evidencia de la cultura Wari o Tiahuanacoide. Tello recordó sus hallazgos en Pacheco (Anónimo 1931; 1942: 683).

Ante la ausencia de estipendios adecuados del gobierno para el instituto, Tello se vio obligado a buscar ayuda en el exterior. En 1936 aceptó una invitación de la Universidad de Nuevo México para dictar una serie de conferencias (Daggett 1994: 58-59). Posteriormente, Tello disertó en varias locaciones a lo largo de Estados Unidos, tomando cada

oportunidad para hablar de la necesidad de coordinar el trabajo en los Andes (Strong 1943: 2). Esto llevó a una reunión informal realizada en la ciudad de Nueva York el 13 de octubre de 1936, en la cual fue propuesta la idea de formar un Instituto de Estudios Andinos. Más tarde, el 28 de diciembre, una reunión más formal se realizó en Washington D.C. El resultado fue la incorporación del Instituto de Estudios Andinos al Estado de Nueva York el 26 de febrero de 1937. Entre sus miembros fundadores estaban Kroeber y Lothrop. También, entre los proyectos iniciales establecidos por esta nueva organización estaban el estudio de los textiles Paracas y otros conservados en el Museo Nacional y en el Museo de Arqueología de la Universidad de San Marcos (Mason 1967: 3).

En ese momento, Tello recibió ayuda de procedencia enteramente insospechada. En mayo de 1937, el filántropo americano Nelson Rockefeller visitó a Tello en su instituto. Rockefeller se espantó de las condiciones del instituto y ofreció asistencia para ayudar a pagar el costo de preservación de los deteriorados fardos funerarios Paracas (Daggett 1994: 60-61). Este nuevo dinero permitió a Tello y a su equipo trabajar la colección Paracas entre el 10 de enero y el 30 de junio de 1938. También se logró la preservación de trescientos cuarenta y seis textiles, ciento ochenta y uno de los cuales fueron puestos en exhibición en el instituto (Tello y Mejía 1967a: 216). El presidente de la República, Oscar R. Benavides, fue a ver esta exhibición el 15 de agosto y le permitió a Tello iniciar los planes para un nuevo museo de arqueología. Este nuevo museo se inauguraría en honor a la VIII Conferencia Panamericana, a realizarse en Lima en diciembre de 1938 (Daggett 1994: 61). La Resolución Suprema N° 688, con fecha 2 de setiembre de 1938, autorizó a Tello tomar control de todo el material Paracas conservado en el Museo Nacional (Tello y Mejía 1967a: 220-221). Los museos de la nación fueron reorganizados por Ley N° 8751, con fecha 22 de setiembre (Tello 1959: 12). Luego, el Decreto Supremo N° 1313, con fecha 8 de octubre, estableció al instituto de Tello como una entidad separada del Museo Nacional y lo trasladó al Patronato Nacional de Arqueología (Tello y Mejía 1967a: 222). Como resultado de todo esto, el Instituto de Investigaciones Antropológicas se inauguró como Museo de Antropología el 25 de diciembre en un nuevo y moderno local (Tello 1959: 12). Tello fue nombrado oficialmente director de este nuevo museo el 3 de enero de 1939 (Tello y Mejía 1967a: 224).

En 1939, Lima alojó la segunda sesión del Congreso Internacional de Americanistas. Tello guió a los delegados en un tour por el Museo de Antropología y los llevó a varias ruinas fuera de la ciudad (Basadre 1942: 1v-1vi). Además, presentó un largo escrito en el cual resumió sus pensamientos acerca de la prehistoria andina. Esto le sirvió para ampliar las ideas que, en un primer momento, presentara en una publica-

ción de 1921, donde proponía una secuencia prehistórica para el Perú, y que comprendía cuatro eras: Primitiva, Arcaica, Pre-inca e Inca. En 1939, Tello volvió a la idea de cuatro eras, reemplazándola por la palabra “edad”, e incorporó, por vez primera, información proveniente de sus investigaciones en el sur peruano desde 1921.

En consecuencia, para la primera edad, Tello planteó la hipótesis de una civilización Paracas, que abarcó el oeste medio del Perú central, desde la sierra hasta la costa. Evidencia de esta antigua civilización se encontró en las cavernas de Cerro Colorado (cultura Paracas Cavernas), en los sitios pre-Nasca, en la naciente de la cuenca de Nazca, y en la sierra, hacia el Este. La segunda edad vio el desarrollo de una complejidad cultural y el adelanto en textiles. En este entonces, una cultura Paracas (Necrópolis) en la costa sur del Perú limitaba por el Este con dos culturas de la sierra, Wanka y Chanka I (Tello 1942: 710-711; Láminas III-IV), concentradas en las regiones del Mantaro y Pampas, respectivamente (ibid: 652). La tercera edad daba testimonio de mayor complejidad cultural y una cultura Nasca en la costa sur, que limitaba por la sierra este con las culturas Chukurpu y Chanka II (ibid: 712; Lámina V). Se encontró evidencia de la cultura septentrional Chukurpu en la cabecera de los valles Huarco o Cañete, Mala, Lurin, Pasamayo o Chancay, y Huaura (ibid: 654). Finalmente, la cuarta edad daba testimonio del desarrollo de una clara cultura Chíncha y Rukana en la costa sur del Perú (ibid: 712, Lámina VI). Se encontró evidencia de la cultura meridional Rukana a lo largo del valle de Nazca, similar a la encontrada anteriormente en las cabeceras de los valles de Ica, Pisco y Chíncha (ibid: 654).

Tello propuso esta serie de edades para el Perú desde cronologías locales que fue desarrollando para los valles costaneros y los de la sierra. En el valle de Nazca, por ejemplo, las excavaciones dirigidas durante el período de 1926 a 1927, revelaron tumbas con objetos que se vincularon a distintas culturas: pre-Nasca (Chanka), Nasca clásico, y post-Nasca (Rukana) (ibid: 692). La exótica cerámica Chanka (Tello 1959: Láminas LXXXIX-XCI) encontrada en el valle de Nazca demostró la interacción costa-sierra. Lo mismo se diría de las vasijas Tiahuanacoide, o relacionado a Wari, halladas en Pacheco.

En 1940, Tello publicó los resultados de un estudio de un vaso de piedra incluido en la colección de objetos Nasca comprados por el Museo de Arqueología Peruana en 1928. El vaso encontrado en el valle de Nazca por un conocido huaquero estaba grabado, afirmó Tello, con un diseño pre-Nasca que pudo estar vinculado a la cultura Paracas Cavernas, así como a las culturas tempranas de la sierra en todo el Perú (Tello 1940: 29-37).

Durante setiembre de 1940 Tello viajó a Nazca con Valcárcel y el arqueólogo americano William Duncan Strong (Strong 1948: 55-56). Strong era un alumno graduado de Kroeber y había sido coautor, con él, del informe de 1924 acerca de las excavaciones de Uhle en 1901 en el valle de Ica (Rowe 1962: 401). Strong había venido al Perú para dirigir una investigación preliminar, en anticipo del trabajo que debía realizarse bajo el auspicio del Instituto de Estudios Andinos (Strong 1943: 3). De hecho, regresó el año siguiente para supervisar excavaciones en la costa central como director del Proyecto 3 del instituto. Tello, junto a Lothrop, tenía el Proyecto 8 que trataba sobre Paracas (ibid: 6-7). Mientras estaba en Estados Unidos, en 1936, Tello había buscado apoyo para la publicación de su trabajo sobre Paracas, lo cual consiguió finalmente cuando, el 10 de diciembre de 1941, firmó un contrato para publicar su primer volumen Paracas (Tello y Mejía 1979: vii).

Hacia fines de 1940, las negociaciones para construir el nuevo edificio del Museo de Antropología comenzaron a ocupar la mayor parte del tiempo de Tello. Un decreto, con fecha 27 de agosto de 1943, autorizaba la construcción de esta nueva locación (Tello y Mejía 1967a:227). El Museo Nacional de Antropología y Arqueología fue creado por un Decreto Supremo con fecha 29 de Enero de 1945. Éste reemplazó al Museo de Antropología e incorporó el material arqueológico aún conservado en el Museo Nacional (ibid: 235-237). Tello, por supuesto, fue nombrado su director (ibid: 234-259). Pero, cayó enfermo el 26 de julio de 1946 y en setiembre viajó a los Estados Unidos para su tratamiento. Regresó a Lima el 28 de noviembre donde continuó recibiendo tratamiento. Tello murió el 3 de junio de 1947 antes de escribir su libro Paracas. En su testamento donó sus libros y escritos a la Universidad de San Marcos (Daggett 1994: 63). Aquí, se creó un archivo con su nombre (Valcárcel 1966). Doce años después, la Universidad de San Marcos y el Instituto de Estudios Andinos, iniciaron la publicación de la extensa investigación de Tello sobre el antiguo lugar, cultura y civilización que él denominó Paracas.

(*) Traducido del inglés por Raquel Aliaga Risco